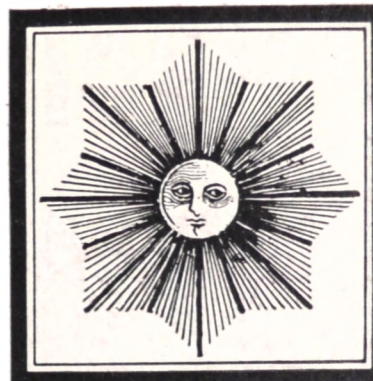
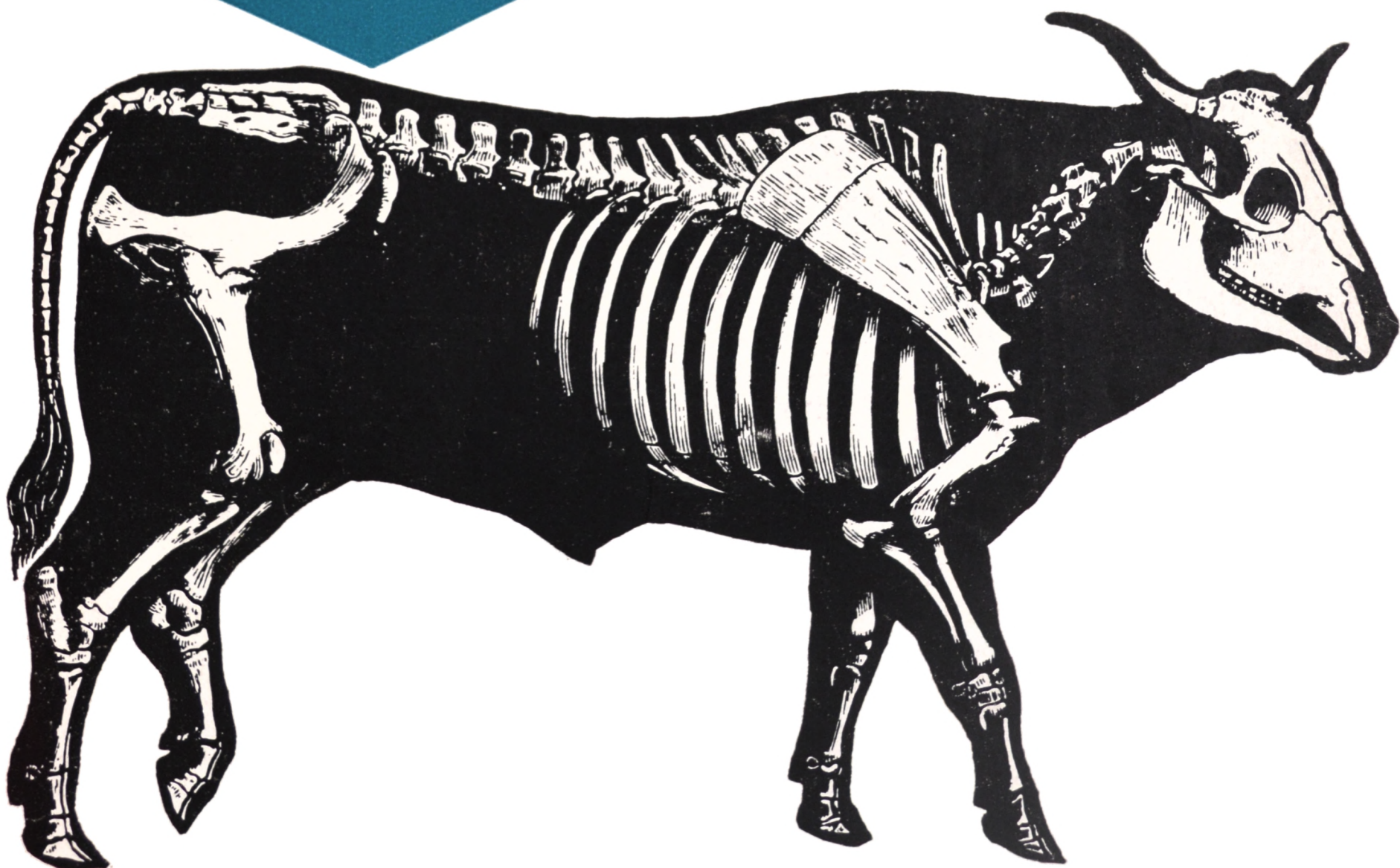


La evolución económica

ENCICLOPEDIA



URUGUAYA



Con este número el cuaderno literario

**MONTEVIDEO
EN CUENTOS**

La evolución económica

De los orígenes a la modernización

Luis C. Benvenuto



Dos siglos de vida colonial tenía ya el Nuevo Mundo. Estaban fundados la casi totalidad de los que son hoy sus principales centros urbanos. En algunos, como México y Lima, donde residían suntuosas cortes vicerreales, el esplendor y el estilo de vida de las aristocracias del lugar, llenaban de asombro a los viajeros europeos. Por las calles bien empedradas de aquellas ciudades, que "en anchura y limpieza, pero especialmente por la riqueza de las tiendas que las adornaban" no tenían punto de comparación en toda la Cristiandad, corrían, insaciables de ostentación, centenares de elegantes calesas y lujosas carrozas. Ya se contaban por millares los doctores y bachilleres graduados en universidades americanas que tenían más de un siglo de vida; varios eran los hijos del continente que figuraban entre los grandes de la poesía y el teatro españoles; la arquitectura colonial ya tenía en su haber algunos de sus monumentos más sobresalientes. El fabuloso Potosí, de cuyas entrañas la sangre indígena había hecho brotar torrentes de plata, estaba agotando sus vetas más ricas y extinguiendo su cruel alimento. Los ingenios azucareros del nordeste brasileño, que en su apogeo habían sido la empresa agrícola más brillante de todas las épocas, ya iniciaban su ocaso.

A todo esto, sin embargo, las solitarias praderas del Uruguay, aún no habían merecido de España ni un puñado de rústicos colonos. De todas las porciones en que luego se dividió el territorio americano para constituir estados independientes, era la única región que aún no había sido objeto de una empresa colonizadora perdurable. Recién a partir de 1680 encontramos una población europea en el territorio oriental, pero no española, sino portuguesa: la Colonia del Sacramento.

En las razones de tal desdén, y en las del posterior afecto, se halla sin duda una de las claves principales para entender el nacimiento y el desarrollo de la economía y de la sociedad uruguayas, en aquello que ambas tienen de más peculiar, específico y original con relación a las demás del continente americano.



1). Europa a la búsqueda de especias y metales preciosos

¿Cuáles fueron las motivaciones de las empresas de conquista y de colonización? ¿Cuáles los objetivos tras los que se movilizó el comercio europeo en aquellos siglos? ¿Cuáles eran los recursos humanos, financieros, técnicos e institucionales de que disponía entonces Europa para atender sus crecientes necesidades? ¿Cuáles fueron esas necesidades, cómo se modificaron luego y cómo evolucionaron las formas de satisfacerlas?

Si logramos responder a este grupo de interrogantes y ubicar al Uruguay en su contexto, habremos dado el primer paso para entender la economía de nuestro país.

Sin entrar en la discusión sobre el peso relativo de los distintos móviles de la conquista y de la colonización, recordemos al cronista Francisco López de Gómara, quien puso en boca de Hernán Cortés la siguiente afirmación: "La causa principal a que venimos a estas partes es por ensalzar y predicar la fe de Cristo, aunque juntamente con ella se nos sigue honra y provecho, que pocas veces caben en un saco".

En la formidable polémica sobre la servidumbre de los indígenas, que se desató hacia mediados del siglo XVI, y que tuvo como principales contendientes a Fray Bartolomé de Las Casas y a Juan Ginés de Sepúlveda, este último interrogaba: "¿Qué cosa pudo suceder a estos bárbaros más conveniente ni más saludable que el quedar sometidos al imperio de aquellos cuya prudencia, virtud y religión los han de convertir de bárbaros, tales que apenas merecían el nombre de seres humanos, en hombres civilizados en cuanto pueden serlo; de torpes y libidinosos, en probos y honrados; de impíos y siervos de los demonios, en cristianos y adoradores del verdadero Dios?" Sin vacilar Sepúlveda contestaba formulando una suerte de teoría del imperialismo renacentista. Proponía el trueque de bienes materiales, poseídos por los indígenas, contra bienes morales, de que eran portadores los europeos, ya que a los primeros habría "de serles todavía más provechoso que a los españoles, porque la virtud, la humanidad y la verdadera religión son más preciosas que el oro y que la plata".



"La humanidad y la verdadera religión son mas preciosas que el oro y la plata"

Ciertamente, ésta no fue la doctrina oficial del Estado español, pero como lo recuerda otro cronista, Fernández de Oviedo, "casi nunca sus Majestades ponen su hacienda y dinero en estos nuevos descubrimientos, excepto papel y palabras buenas". En efecto el Estado sólo financió unas pocas empresas: las de Colón, de Pedrarias Dávila, de Magallanes y alguna otra. La inmensa mayoría de las operaciones de conquista y colonización fueron sufragadas por capitales privados y éstos, como es evidente, sólo estaban disponibles cuando había razonables expectativas de rentabilidad. Por lo tanto, y salvo casos muy excepcionales en que predominaron razones políticas o estratégicas, la conquista y la colonización no se llevaba a cabo si no podía encararse como una operación económicamente viable. El ejemplo de Buenos Aires, en el Río de la Plata, es bien ilustrativo. En la capitulación respectiva el Monarca promete al Primer Adelantado, don Pedro de Mendoza, "cuatro mil ducados de salario y ayuda de costa", que habrían "de ser pagados de las rentas y provechos producidos" por las "tierras, y provincias, y pueblos del dicho Río de la Plata". Cinco años después de la fundación, en 1541, los colonos debieron abandonar aquel "país del hambre".

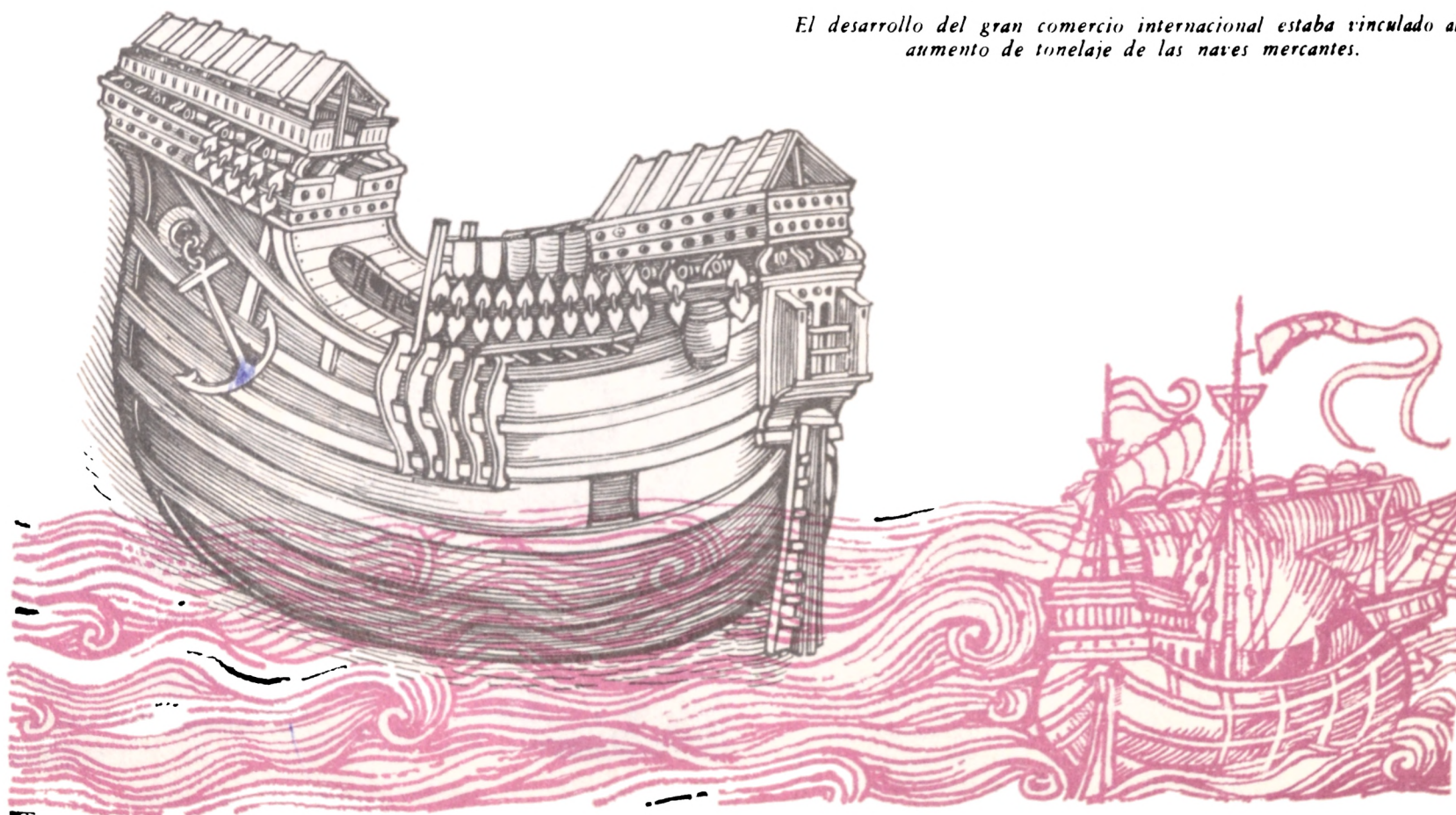
Así como los monarcas ibéricos obtuvieron, por graciosa merced del Papa, la adjudicación de las nuevas tierras y el derecho que los protegía en el goce exclusivo de las mismas, los empresarios particulares, buscaron de la autoridad real la sanción jurídica que les permitiera explotar en régimen de monopolio tierras, cultivos, minas, tesoros enterrados o hallados en templos de indios, y que les asegurara otros variados privilegios y dignidades. Al efecto se celebraban capitulaciones o contratos entre la Corona y el jefe expedicionario, cabeza visible, este último, de sigilosos capitalistas extranjeros que nunca se mencionan y con los cuales estaba ligado por documentos privados. No era extraño que tales capitulaciones se convirtieran luego en títulos negociables y fueran objeto de las más variadas operaciones mercantiles.

La Corona española procuró transformar las Indias en

coto cerrado que, a través de un complejo aparato fiscal, se abriera sólo a sus vasallos y se cerrara a los de otras potencias, pero la penetración extranjera y la evasión resultaron irresistibles. Bien pronto los extranjeros llegaron a ser los principales beneficiarios del comercio con las Indias. Hacia fines del S. XVII "más del 90 por 100 del capital y de las utilidades del tráfico" entre América y Sevilla "pertenecen en realidad a franceses, genoveses, holandeses, ingleses y alemanes, enumerados por orden de importancia". Sin embargo, más significativa todavía que en el comercio legal es la participación extranjera en el ilegal. Se calcula que por la misma época, sólo un tercio de la demanda colonial era abastecida legalmente y los dos restantes lo eran por la vía del contrabando. Durante los dos primeros siglos del período colonial, la oferta de las Indias españolas estuvo constituida, fundamentalmente, por plata y oro —entre 1521 y 1660 se enviaron a España 16.500 toneladas de plata y 180 de oro— que constituían bastante más del 90 por ciento del valor total de las exportaciones legales. El valor de los metales preciosos salidos por contrabando, seguramente también alcanzaba una cifra muy considerable. Fácil es comprender que, en semejante cuadro, prevaleciera, frente al "papel y palabras buenas" de la Corona, motivaciones estrictamente económicas y frente a los intereses del Estado, aquéllos de los particulares.

Durante dos siglos, entonces, la principal exportación de América española estuvo constituida por el oro y la plata. Si observamos en el mapa las regiones realmente ocupadas por los españoles hacia mediados del S. XVII, comprobamos que éstos, luego de haber recorrido febrilmente todo el inmenso territorio, terminaron instalándose en aquellas zonas donde existían yacimientos de metales preciosos, densas poblaciones indígenas con hábitos agrícolas, suelos aptos para cultivos tropicales de alto precio en el mercado europeo o, excepcionalmente, en puntos que por su ubicación geográfica resultaban adecuados para facilitar las comunicaciones o la defensa del continente.

El desarrollo del gran comercio internacional estaba vinculado al aumento de tonelaje de las naves mercantes.



Como la Banda Oriental no satisfacía ninguna de esas condiciones, fue considerada "tierra de ningún provecho". Aún medio siglo después de introducida la ganadería, cuando ya pacían varios millones de vacunos sobre sus praderas, seguía careciendo de atractivo económico suficiente y era, por lo tanto, incapaz de captar población europea para su territorio.

Muy lentamente se fue abriendo paso el interés por los recursos naturales de la Banda Oriental. Aquí, por recursos naturales, entendemos también el ganado bovino, pues si bien éste fue aportado por el hombre, al ser luego abandonado, terminó incorporándose plenamente a la naturaleza de la región, y como los peces del mar, mejor se multiplicaban cuando más lejos estaba el pescador.

Muchas décadas demoró en constituirse un mercado estable para su colocación y en organizarse los canales para abastecerlo. Pero cuando éstos comenzaron a constituirse, bastante demoraron los españoles en apreciar debidamente el valor del cuero en los mercados europeos. Al respecto es bien significativo el siguiente episodio: en el año 1720, cuando el capitán Antonio Pando y Patiño, sorprendió en las costas de la laguna de Castillos al faenero francés Etienne Moreau, procedió a la destrucción por el fuego de los 8.000 cueros que logró capturarle.

El paulatino cambio de actitud con respecto a los recursos naturales de la Banda Oriental no se originó en su suelo, ni derivó de ella misma sino, fundamentalmente, de las transformaciones que experimentó la economía europea a lo largo del período.

La expansión europea, que a partir del siglo XV fue incorporando toda la superficie y todos los pueblos de la tierra a un mismo sistema económico, se desarrolló en varias etapas.

Una primera faz fue exclusivamente mercantil y no significó cambios cualitativos en la estructura socio-económica heredada del período anterior. Europa aún era esencialmente rural, más del 90 por ciento de su población estaba vinculada a la producción agrícola. Se estima que de los 70 millones de habitantes que tenía en el siglo XVI, sólo el 2 ó el 3 por ciento estaban afectados a la producción para el comercio exterior, y de ellos, dos tercios lo hacían dentro del sistema artesanal tradicional. El tercio restante, es decir menos del 1 por ciento de la población total, trabajaba en altos hornos, molinos, minas, imprentas, etc., dentro de un sistema capitalista, si por tal entendemos un sistema en el que la gestión de la empresa, los beneficios y los medios de producción, estaban en manos que no eran las del trabajador.

Sin embargo, todavía no era ésta una economía decididamente capitalista. Las principales operaciones de la época, el tráfico de las especias, que cayó en manos de los europeos cuando los portugueses destruyeron a sangre y fuego el comercio árabe del Océano Indico, y el saqueo de los tesoros acumulados por los indígenas americanos, no presentaban los rasgos específicos del capitalismo moderno aún cuando hayan preparado su aparición. Trataban con mercaderías de enorme valor y pequeñísimo volumen, cuya producción no requería ni inversiones ni empleo de mano de obra europea en cantidades significativas y estaban destinadas al consumo de una elite reducidísima en número. La comercialización se realizaba con gran irregularidad, en condiciones de monopolio y previendo altísimos márgenes de ganancia, por los enormes riesgos de la operación. Cuando se generaban beneficios, éstos no solían reinvertirse, sino que se volcaban en la compra de tierras, cargos, títulos nobiliarios o consumos suntuarios. La expresión popular: "padre comerciante, hijo caballero, nieto pordiosero", describe con exactitud el vuelo corto y espíritu pacato de la burguesía de la época que aún no se atrevía a erigir en ideal, su propio estilo de vida.

La expansión comercial no se acompañó de una expan-

sión similar de la producción, la acumulación de capital se realizó lentamente, los negocios todavía estaban más relacionados con la guerra y la política que con incentivos económicos. En tales condiciones, si bien se enriquecieron muchos comerciantes y banqueros, siguió siendo una economía de subsistencia, y la economía europea en su conjunto no se modificó sino muy paulatinamente.

"La insensatez y la injusticia presidieron, por lo que se ve, y dirigieron el proyecto primitivo de establecer tales colonias: la insensatez de ir a la caza de minas de oro y de plata y la injusticia de anhelar la posesión de países cuyos indígenas inofensivos no sólo no habían ofendido en nada a los pueblos de Europa, sino que recibieron a los primeros aventureros con toda clase de demostraciones de afecto y de hospitalidad". ... "En todos estos casos no fueron la sabiduría y la buena política de los Gobiernos europeos, sino su desorden e injusticia, los que poblaron y civilizaron América". ... "Todas estas aventuras se llevaron a cabo a riesgo y coste de los propios aventureros. Apenas si el Gobierno de España contribuyó con nada a que se realizaran". (Adam Smith, La riqueza de las Naciones, 1776. Versión esp.: Aguilar, Madrid. 1956).





Fiebre de especias y productos exóticos.

2). Europa a la búsqueda de materias primas y alimentos

En una segunda etapa, al tráfico de las especias sucedió el de mercaderías como el azúcar, que recién entonces dejó de ser un artículo farmacéutico; el tabaco, cuyo consumo se propagó sin cesar y el algodón, que alimentó la primera gran industria del mundo moderno. La producción de estos artículos, de reducido valor y gran volumen reclamaba permanentes inversiones y abundante mano de obra, exigía el empleo de maquinarias, calderas, refinerías, impulsó el perfeccionamiento tecnológico y en particular el de los transportes. Mientras que hacia el año 1500 el tonelaje medio de las naves transatlánticas era de 100, hacia el 1700 ya había superado ampliamente las 300 toneladas.

Desde entonces el comercio internacional, piloteado por las grandes compañías de Indias, se tornó una actividad regular, el desarrollo del capitalismo anónimo y la abundancia de dinero circulante permitieron apurar el paso desde una economía tradicional, de autoconsumo, hacia una economía moderna, de cambio, que sin disimulo perseguía el lucro; desde una sociedad de tono preferentemente rural, hacia una sociedad en que comienza a prevalecer lo urbano, el espíritu de cálculo y la racionalidad.

Toda la estructura social de Europa se remozó. A un sostenido aumento de la población, siguió una mayor movilidad social y un alza general del nivel de vida, por la ampliación de ocupaciones en el comercio, la industria, en el creciente aparato del estado y por una mayor productividad de la agricultura, renovada por el empleo de nuevas especies de origen americano, como el maíz. El comercio dejó de ser una actividad aleatoria, se establecieron rutas y fuentes de

aprovisionamiento regulares, se redujeron los márgenes de ganancia, pero los mercados externos se ampliaron incesantemente. Se ensanchó el mercado interno, aparecieron las primeras formas de consumo de masas. La economía europea comenzó a movilizarse como una inmensa "bola de nieve", en la que unos sectores arrastraron detrás de sí a los demás y se aprestó para recorrer una tercera etapa, mucho más rica aún en transformaciones y consecuencias internas y externas: la de su revolución industrial.

Pero ya tenemos, a grandes rasgos, la descripción del principal centro motor desde el cual partió una corriente de demanda permanente hacia los recursos naturales que poseía la olvidada Banda Oriental. Y decimos principal, por que no fue la única. En efecto, en el siglo XVIII, cuando el centro de gravedad económico y social del Brasil se desplazó hacia el sur, por la decadencia azucarera y el comienzo del ciclo minero, desde allí se proyectó otra poderosa corriente en busca de animales para el transporte y la alimentación, que se superpuso y entró en colisión con el creciente interés hacia el ganado oriental, que también se despertó por la misma época, en las poblaciones rioplatenses de Buenos Aires, Santa Fe, y las Misiones Jesuíticas.

Sin embargo, el cuadro de las fuerzas que operaron sobre la Banda Oriental no estaría completo si no tomáramos en cuenta otros factores que confluyeron sobre su territorio: la presión política y económica portuguesa que culminó con su instalación en la Colonia del Sacramento, y la obligada réplica de España que se vio forzada a tomar posesión de la Banda, que para ella fue entonces una carga económica y social. Pero jaqueada por la coyuntura internacional y embretada en su propia estructura interna, no tenía otra alternativa.

El régimen comercial que España impuso a sus colonias, producto entre otras razones, de su incapacidad mercantil, de su escasez de capitales, de la debilidad de su marina, de la desmesura de su imperio, concluyó generando en América una demanda de artículos europeos jamás satisfecha y por lo tanto un sistema de altísimos precios. Es decir, creó un mercado ideal para quienes estuvieran dispuestos a burlar sus vulnerables fronteras. La Colonia del Sacramento cumplía precisamente esta función. A ella llegaba la plata clandestinamente bajada desde el Potosí y junto con los cueros pasaba al mercado de Lisboa. Por ella penetraban al Río de la Plata, y seguían a veces hasta el Pacífico, esclavos, azúcar y sobre todo productos de la incipiente manufactura inglesa, que se vendían a precios mucho más convenientes que los del comercio legal.

Condicionada por este contexto se inició la población de la Banda Oriental. Y aquí debemos subrayar un hecho capital de la historia uruguaya: en tanto que el pasado de los pueblos latinoamericanos, y en términos generales, el de todos los del "tercer mundo", se divide en *antes y después* de la expansión europea, la historia de nuestro país tiene comienzo —y es su consecuencia— en la expansión europea.

Se inicia en el transcurso de una etapa ya avanzada de esa expansión, cuando se ha constituido una economía de escala mundial y el capitalismo en ascenso barre con los vestigios del pasado que aún se le cruzan en el camino. Una sociedad que nace, en todas sus partes, inducida por fuerzas externas, en respuesta a las mismas, como reflejo, se organiza, se articula, se estructura, en forma muy distinta de otras que, existiendo previamente, resultan luego presionadas, instrumentadas, dominadas desde el exterior, pero conservan siempre las raíces prendidas al pasado, a través de un mundo de tradiciones, mitos y leyendas comunes.

El gran obstáculo para llegar hasta las riquezas pecuarias de la Banda Oriental era la obstinada negativa de España a abrirse al comercio internacional. Dos soluciones eran posibles y ambas se ensayaron con desigual resultado. La primera y más brutal, arrebatárle los territorios. Durante más de un siglo, Portugal, respaldado y alentado por Inglaterra, persistió, aunque vanamente, en tal intento. La segunda solución, más sutil, menos onerosa y comprometedora, pero tremendamente eficaz, también se aplicó desde la primera época. Consistió en contratar servicios para el arreo o faena clandestina del ganado y crear así un mercado de trabajo que fue captando mano de obra desde todos los confines del Río de la Plata. Santafecinos, entrerrianos, paraguayos, tucumanos, portugueses, indígenas misioneros, charrúas y minuanes, toda una masa de mozos perdidos, vagos y gente ociosa, que la estancada economía impuesta por España era incapaz de absorber, comenzó a ser atraída por los incentivos que ofrecía la nueva aunque peligrosa actividad. Fue seducida por un nivel de salarios, en efectivo y en especie —vestimenta, cuchillos, sal, yerba, tabaco y alcohol— absolutamente insólito en la Colonia.

Así se fue llenando nuestra campaña de un tipo humano original y contradictorio, que llevaba en su seno el germen de su propia —y rápida— destrucción. El gaucho, engendrado por un fenómeno propio del mundo moderno, como lo era la economía capitalista que precisaba de él para llegar hasta

los recursos que de otra manera le resultaban inaccesibles, tuvo que adoptar o crear técnicas, comportamientos, organización y estilo de vida aparentemente atávicos, pero estrictamente funcionales. Se adaptó perfecta y espontáneamente para la tarea que tenía por delante, pero debió hacerlo al margen de la ley y de la sociedad. Escapó a todos los mecanismos de "control social", pero fue tan sensible a los incentivos económicos que no se hizo necesario encuadrarlo, siquiera a través de la acción de la Iglesia, como había sido el caso de las masas indígenas sin hábitos mercantiles que no se acomodaban a una economía monetaria.

Constituyó el proletariado ideal —si los hay— pues aceptaba calladamente la suspensión unilateral de contrato de trabajo y se refugiaba en un modo de vida autosuficiente que le permitía sobrevivir cuanto tiempo fuera necesario, constituyendo una reserva de mano de obra siempre a la orden. Jamás comprometía a su anónimo empleador cuando era sorprendido por las autoridades españolas arreando una tropa hacia el Brasil o apilando cueros en la desembocadura de un arroyo: difícilmente se podía probar que hubiera más responsable de sus actos que él mismo.

Sin embargo no fue un trabajador sumiso. Supo mantener una dignidad derivada de la conciencia de su altísima y viril especialización, de su incomparable eficacia y de su elevada productividad, que subrayaba con su ineptitud y con el ridículo, cada chapetón o cada puebleros que intentaba realizar las mismas faenas. Nunca estuvo acosado por el hambre y jamás se vio obligado a aceptar condiciones que no le satisficieran. Esa misma eficiencia, y la comparación con lo que habría costado sustituirlo con esclavos u otro tipo de mano de obra y organización del trabajo, lo hacían tremendamente productivo. No obstante, al establecer comparaciones con el nivel de salarios en otras partes del mundo, se asombraban los viajeros por lo caro que se hacía pagar su técnica y su fuerza de trabajo. Oscuramente sabía que era un "factor" escaso.

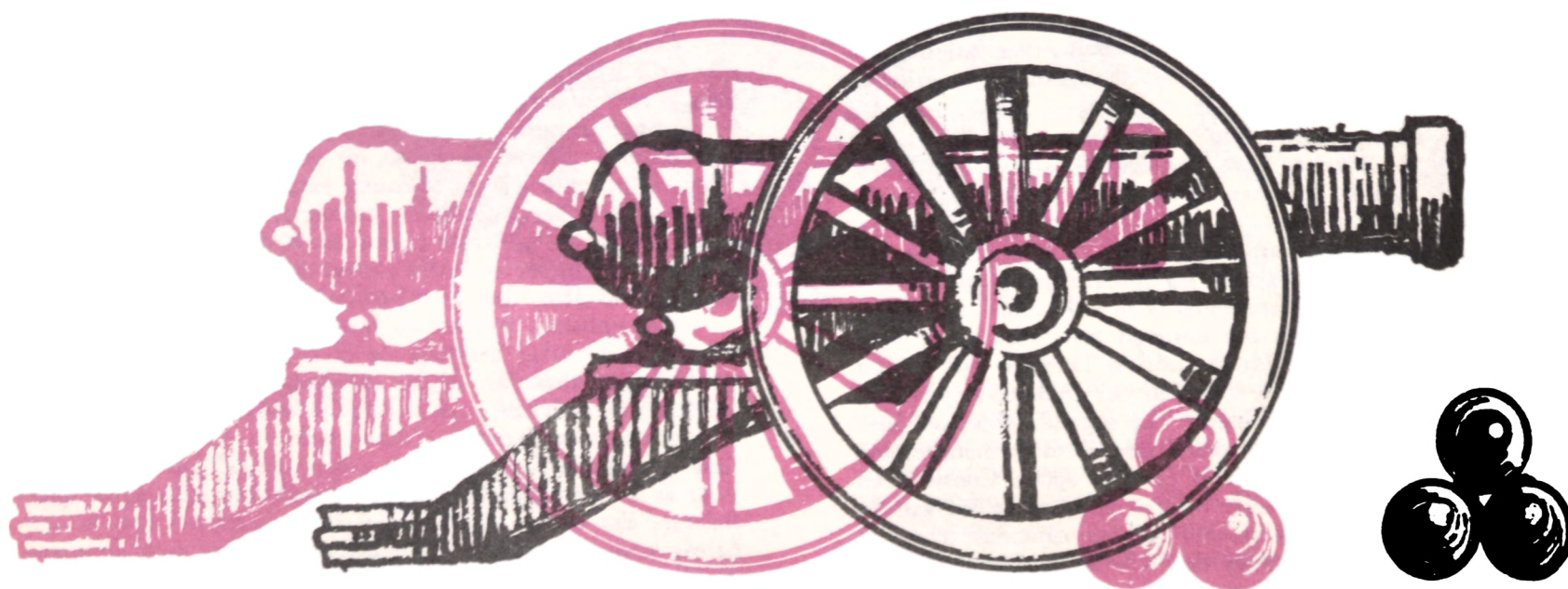
Por todo eso hubo en la Banda Oriental, desde muy temprano, una distribución del ingreso más equitativa que en otras regiones y que en la misma Banda en épocas más recientes.

Sin embargo, el gaucho dueño y señor de las cuchillas durante casi todo el siglo XVIII, pronto fue olvidado por su antiguo patrón y tuvo que entrar en funesta lucha con quienes vinieron a cumplir su mismo papel, pero dentro de un nuevo ordenamiento jurídico y social.



Pronto vendrá el gaucho, en auxilio de los europeos, a inventar las técnicas más adecuadas.

3). España viene por sus fueros



La Metrópoli se hizo presente en aquel escenario para defender sus intereses fiscales y territoriales. Implantó una guarnición en la bahía de Montevideo, levantó murallas, trasplantó colonos desde otros puntos del imperio, repartió solares urbanos, chacras y estancias. Envió partidas celadoras hacia las extensas e imprecisas fronteras, patrulló costas, bocas de ríos y de arroyos. Persiguió indios y portugueses. Fue penetrando lentamente el territorio, con una cadena de avanzadillas, fortines y centros poblados.

Desde Montevideo, proyección del poder político, del orden jurídico y la organización administrativa metropolitanos, se intentó controlar el sistema económico que se había enseñoreado de la Banda Oriental. A través de un complejo aparato militar, naval y burocrático, y mediante la importación de dóciles campesinos, se procuró cerrar el grifo por donde se producían las más importantes evasiones fiscales de todo el Virreinato, y volver el sosiego a un medio transtornado por el incesante tráfico clandestino.

España intentó incentivar la población y el cultivo, asentando labradores. Concedió por ello diversas facilidades para la adquisición de tierras realengas y baldías. Pero no fueron agricultores quienes las supieron utilizar. Pronto "se pusieron en movimiento los genios ambiciosos", como expresaba un contemporáneo. Sin proponérselo, agregaba otro: "convidió a los particulares a hacerse dueños de la comarca partiéndola en trozos de ciento, doscientas, trescientas y hasta quinientas leguas cuadradas porque, consiguiéndose un terreno de este tamaño por un puñado de pesos, ninguno se acortaba en pedir leguas en un país donde no tienen más estimación que los palmos en España". Cuando ésta llegó a tomar conciencia del caos que se iba creando, e intentó el "arreglo de los campos" ya era tarde.

No logró la Metrópoli ninguno de los objetivos. Ni

cerró las fronteras al contrabando, ni atajó los avances de los portugueses. Por el contrario, la acción de los antiguos changadores y faeneros clandestinos, expertos conocedores del medio rural, se entrelazó y combinó con la de los nuevos "dueños de la tierra", expertos conocedores del medio urbano. Unos sabían encontrar un vado, amansar un potro y desollar una res, los otros tratar con oficiales reales, jueces de comercio y agentes fiscales. Pronto se hicieron especialistas en interceder ante el aparato burocrático y administrativo que el Estado había implantado, precisamente, para defender los olvidados intereses generales.

Ese juego de equipo duró cerca de medio siglo. Los que operaban al margen de la ley y de la sociedad, lo siguieron haciendo. Los que inicialmente estaban enmarcados en el orden jurídico recién importado, lo subvirtieron.

La lucha con Portugal en torno a la Colonia del Sacramento tuvo un vuelco favorable para España, que tomó y destruyó la plaza, en 1777. Acto seguido liberalizó el comercio en la región. Montevideo fue elevado a la categoría de puerto mayor y quedó habilitado para el "libre comercio". Su principal actividad pasó a ser la exportación de cueros, a la que poco después se agregó la del tasajo. Tal fue el número de unidades exportadas que en poco tiempo se sintió un fuerte descenso en el número de ganados. La canalización del comercio exterior de la Banda Oriental a través de Montevideo y la casi simultánea disminución del stock ganadero, promovieron la rápida transformación de todo el sistema económico que venía funcionando hasta entonces. Comenzó a declinar aquel régimen de apropiación del ganado que no requería apropiación de la tierra. Aumentó por lo tanto la presión sobre ésta, pues su posesión, más o menos legítima, equivalía a una patente para exportar por Montevideo. En la competencia por los animales ahora escasos, resultaba ins-



La Colonia del Sacramento, cuña anglo-portuguesa en el imperio español.

trumento más eficaz que la destreza del faenero y del changador, esgrimir el título de propiedad o la papeleta de denuncia de tierras. Este expediente permitió a los exportadores y comerciantes de Montevideo, que a la vez eran hacendados "que explotaban sus campos, a la distancia, sin poblarlos", cuyas estancias sólo servían "de trampa para la caza del ganado y de pasaporte para introducirlo" en el circuito comercial, alcanzar varios objetivos esenciales. Volcó a su favor el peso del aparato represivo del Estado, en la guerra que emprendieron contra sus antiguos asociados. Transfirió al propio Estado los costos de su lucha para sobrevivir y hacerse un lugar en el mercado. Les aseguró una cuota en la competencia por la posesión de los ganados.

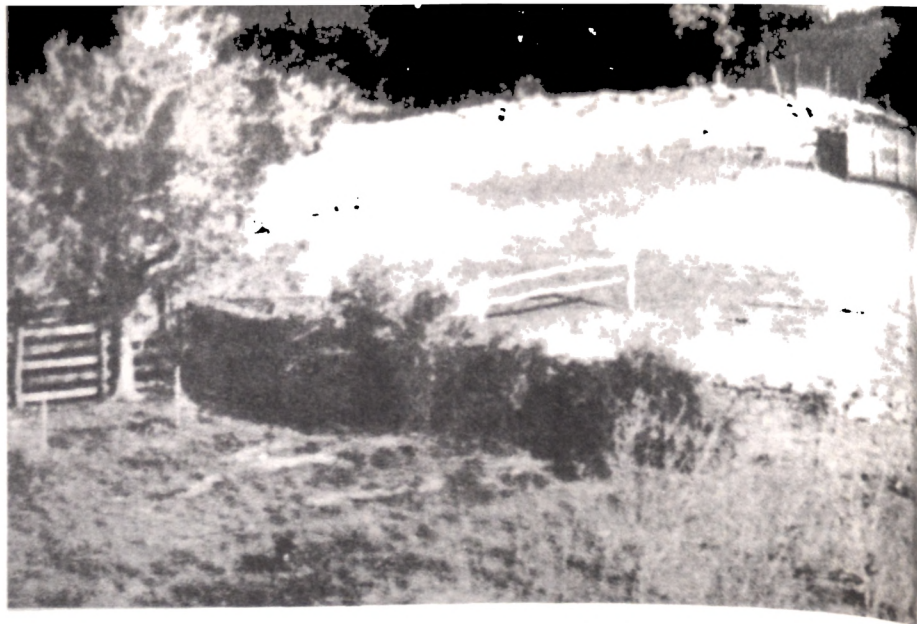
A partir de entonces ya no podían coexistir sobre un mismo territorio, dos sistemas económicos tan similares y a la vez tan distintos. Similares porque ambos estaban articulados con un mismo mercado exterior y ambos competían por la captación de un mismo artículo, que cada vez era relativamente más escaso. Distintos, porque el de aquellos primeros productores independientes —faeneros, changadores, contrabandistas— que operaban atomizados en un inmenso desierto, estaba altamente especializado y organizado para operar con eficacia, sólo en la clandestinidad. El segundo, que se fue desplegando desde dentro del mecanismo político y administrativo, en el que cada vez ganaba posiciones, que a su turno le servían para consolidar las ventajas obtenidas en la lucha por el dominio del mercado, no podía operar sino mediante el contralor del aparato estatal. El primero ya no podía mantener sino una oferta irregular y fluctuante. El segundo, en cambio, como estaba en mejores condiciones para satisfacer la demanda con mayor regularidad, terminó consagrándose como el único e indiscutido intermediario con el exterior. Dominó al primero, en parte lo subordinó y lo integró

en el nuevo sistema, modificando, de esta manera, en su provecho, las anteriores proporciones en la distribución del ingreso. Pero además se las ingenió para no ceder ninguna parte de los amplísimos márgenes de beneficio que tenía su propia actividad desde la época en que se realizaba en forma clandestina.

Este tránsito de un sistema a otro, que hemos esquematizado de manera demasiado rígida, sin matices, no fue, por supuesto, una mutación repentina y de aristas tan afiladas. Fue un proceso iniciado en las últimas décadas del siglo XVIII, que continuó, durante casi todo el XIX, promoviendo diversos acomodamientos y reacomodamientos de todo el contexto social.

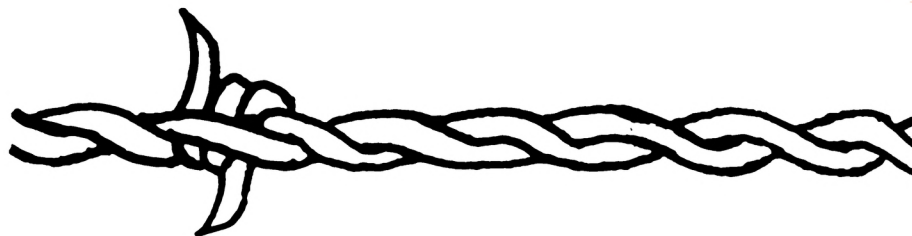
Al contrario de lo que aconteció en la mayoría de los países del continente, que dispusieron durante mucho tiempo —algunos aún disponen— de inmensas extensiones de tierra inexploradas, de una amplia frontera agrícola, que les permitió transformar la conquista del desierto o de la selva en válvula de escape para las tensiones internas más inquietantes, el Uruguay sólo contó desde sus disputados orígenes, con un territorio muy limitado. El incumplimiento del tratado de San Ildefonso de 1777 y la invasión portuguesa de 1801, redujeron aún ese territorio. En vano intentó Artigas, recuperar "los siete pueblos de Misiones, los de Batoví, Santa Tecla, San Rafael y Tacuarembó, que hoy ocupan injustamente los portugueses" (art. 9 de las Instrucciones de 1813). Desde el comienzo, la porción del territorio que siguió siendo oriental, estuvo prácticamente llena de ganados. El movimiento revolucionario de 1811 se inició con una frontera agrícola casi agotada. Los conflictos sólo se podían resolver, entonces, por un reordenamiento interno, mediante cambios en la tenencia de la tierra y de los ganados, modificando el nivel de productividad o las proporciones en la distribución de los ingresos generados.

4). Lucha por la tierra y los ganados



Tres grandes líneas de tensión, que sin duda arrancan de ese proceso, circularon luego, a lo largo de casi toda la historia uruguaya: a) la lucha directa y en primer grado, por la posesión de los ganados y de las tierras; b) la lucha, en segundo grado, para captar indirectamente parte de los ingresos generados y c) los conflictos emergentes de la búsqueda de una ubicación en la sociedad para los marginados en aquellas luchas.

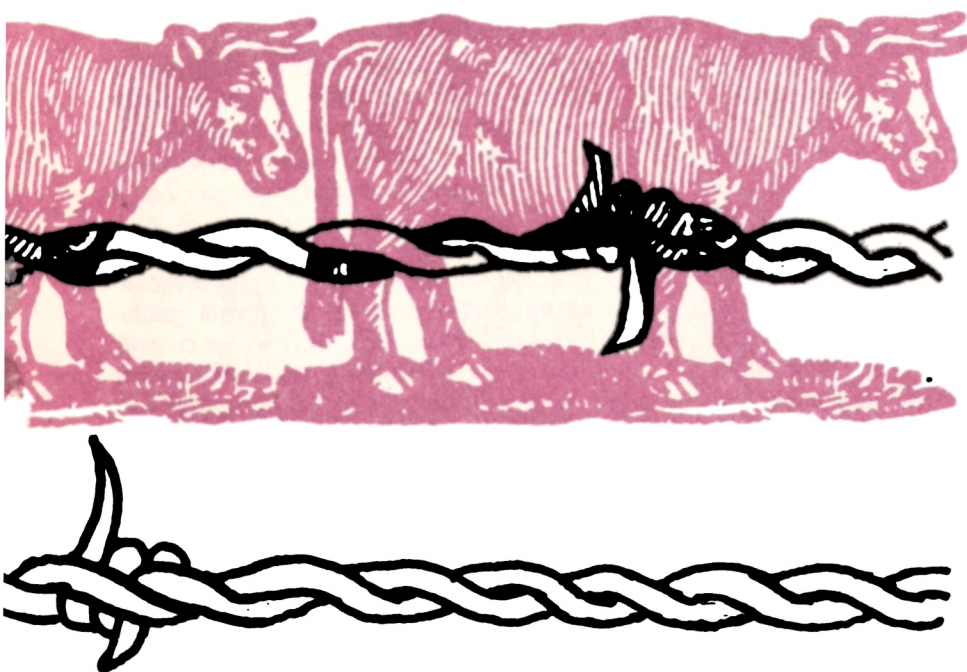
La lucha por la posesión del ganado y de las tierras, con frecuencia revistió formas estrepitosas. La pugna por ubicarse en los distintos recodos del sistema de comercialización o de la estructura política y administrativa, desde los que se pudiera atrapar parte del ingreso, siempre fue más discreta. Ambas se fueron desplegando en forma simultánea, sucesiva o alternativa, en diferentes niveles y terrenos. La determinación del plano en que se operó cada etapa y cada episodio de la contienda, dependió fundamentalmente de las fuerzas relativas y la capacidad de negociación de los sectores enfrentados, así como de su destreza para asimilarse al aparato del Estado, o al caudillo que se le oponía.



Estado de la propiedad de la tierra, al iniciarse la Revolución Oriental (mapa de L. Sala, J. Rodríguez, N. De la Torre).

En orden de aparición hubo un primer tipo de enfrentamiento que se caracterizó por la violenta expulsión y despojo de los pequeños ocupantes de tierras y usuarios del **ganado** realengo. Estos desbravadores de la tierra, sus verdaderos conquistadores, se habían instalado en la frontera con los indios. Cuando la habían hecho habitable, fueron desalojados por los grandes denunciados, quienes desde la época colonial, casi siempre contaban a tal efecto, con el decidido apoyo de la autoridad. En el período artiguista, buena parte de esos "brazos útiles" fueron "agraciados con una suerte de estancia", y vueltos a despojar en períodos subsiguientes.

Otro tipo de conflicto se planteó entre fuerzas menos desiguales: los grandes denunciados y los poseedores de tierras con títulos imperfectos —había toda una gama de ellos— entraron a competir entre sí por la posesión de las tierras, o de las mejores tierras, como lo eran las rinconadas de ríos y arroyos. Este conflicto que, por el equilibrio de las fuerzas en pugna, tuvo mayor duración, también se inició bajo formas violentas pero con la diferencia de que arrastraba no sólo a los directamente interesados en él, sino a otros sectores mucho más



El corral de piedras y el alambrado, dos etapas en la explotación ganadera. (Fotografía del corral, perteneciente al archivo del historiador Aníbal Barrios Pintos).

amplios. El temor, la búsqueda de protección o de los despojos del adversario, gravitaron en la constitución de dos grupos antagónicos e inestables.

Unos y otros, cuando no lograban el reconocimiento oficial de los derechos alegados, buscaban siempre el apoyo de un caudillo. Los grandes, en reciprocidad, contribuían con su dinero; los pequeños con sus lanzas.

Descontento, caudillos, dinero y lanzas fueron la materia prima de una formidable combinación; fueron el principal ingrediente de revoluciones y guerras civiles; fueron, durante largo tiempo, componentes básicos de los dos grandes partidos tradicionales, en cuyo seno se articulaban, equilibrándose o reforzándose mutuamente.

Tal como se señaló, en la época colonial la nueva burguesía portuaria buscó la cobertura del Estado para irrumpir, bajo su protección, en el proceso económico, para destruir el sistema anterior y para orquestar otro en su provecho. Sin embargo, hasta entonces, bien poca cosa contaban dentro de la política global del Estado Español, los intereses y esfuerzos de ese pequeño grupo marginal y tan tardíamente constituido.

La independencia modificó sustancialmente la desproporción de fuerzas entre estos sectores ligados a la tierra y a la exportación, y el poder del Estado, que todavía era el de un gigantesco imperio donde "nunca se ponía el sol". La instalación de nuevos gobiernos a la escala de la Provincia, primero y del Estado Oriental, después, invirtió, casi, las proporciones anteriores. Sorteando el peligroso —para ella— período artiguista y fracasada la aventura cisplatina, la oligarquía ya no buscó la sombra del poder, se lanzó resueltamente a ejercerlo por sí misma. Luego de algunas décadas de ensayos no siempre exitosos, terminó ajustando una adecuada estrategia para la detentación del poder. En la misma medida en que el país se fue integrando más y más en la economía mundial, ese grupo se fue distribuyendo a lo largo de un amplio espectro: hacendados, saladeristas, barraqueros, importadores y exportadores, comisionistas, prestamistas, banqueros, intermediarios y especuladores de variado tipo. Casi todos optaron por guarecerse en una discreta penumbra y transfirieron a sus primos más pobres, pero de ilustre pasado patricio, las delicadas tareas de hacer funcionar convenientemente el sistema político. Estos, que por lo general no poseían bienes propios, fueron los más celosos defensores de un sistema que les permitía acceder a aquéllos del Estado. El político que lograba instalar en el aparato a su grupo familiar (cargos, jubilaciones, pensiones civiles y militares, indemnizaciones por perjuicios de guerra, etc.) alcanzaba, para el conjunto, un ingreso casi tan elevado como el de un estanciero propietario de varios miles de cabezas de ganado y, evidentemente, un prestigio social nada desdeñable. Los terratenientes urgidos por la necesidad de establecer un sistema político y legal que les asegurara el goce tranquilo de sus haciendas, abrieron el camino de la hacienda pública a los ejecutores de su proyecto. Estos, a su vez, sabían que no podían sostenerse sin el apoyo de aquéllos.

No fue tarea sencilla, sin duda, organizar y mantener en funcionamiento el Estado, aún dentro del clásico esquema liberal. En ese marco era políticamente imposible gravar las tierras o los ganados. El fisco no disponía de otros recursos que los provenientes de los impuestos al comercio exterior, que fluctuaban bruscamente al compás de las guerras, revoluciones y oscilaciones de la demanda externa. A cierta altura y ante la ineficiencia de sus mandatarios la oligarquía decidió suspender la fórmula "liberal" que venía practicando. Procedió "manu militari" a realizar las transformaciones que más le urgían: tornar "habitable" la campaña y establecer garantías legales suficientes, que aseguraran su propiedad privada, de tierras y ganados.

"Para resumir —dicen Barrán y Nahum, en su "Historia Rural del Uruguay Moderno"— el proceso fue el siguiente: mientras la desorganización facilitaba la acumulación de tierras y ganados en sus manos [se refieren a las clases altas], por cualquier medio, se la aceptaba, aunque formalmente se protestase contra ella; cuando llegaron a la posición de grandes propietarios, con cuantiosos intereses que defender, y esa misma desorganización o anarquía empezaba a violar sus bienes, se levantaron para detenerla creando un gremio que los defendiese: la Asociación Rural".

Recuérdese que este comportamiento no era novedoso para esas clases. Hacia fines de la época colonial, la burguesía montevideana, que había hecho sus primeras armas en el tráfico clandestino, luego, al amparo de la liberalización comercial concedida por Carlos III, se transformó en aliada de las autoridades españolas y les reclamó la represión del contrabando que entonces empezaba a ser su temible competidor. De esta manera, merced a la doble estrategia de cerrar todo contacto con el exterior que no se realizara por su intermedio y de perseguir a los antiguos cómplices de su propia actividad, aquella burguesía colonial llegó a controlar el mercado.

El militarismo, en esta nueva etapa y sobre todo durante el gobierno del Coronel Latorre (1876-1880), interpretó fielmente las aspiraciones de la nueva Asociación de los rurales y dio realidad al orden jurídico en la campaña. Así posibilitó la consolidación de las formas burguesas de la propiedad y clausuró la vieja lucha, transformándola en una simple operación policial, en una tarea de persecución y de represión de "vagos" y "abigeos".

"El alambrado o sea el cierre de la propiedad en los campos, ha invertido, del mismo modo que los otros inventos, el orden antiguo... El alambre en el reino económico ha realizado el fenómeno que el Remington realiza en el orden político", afirmaba un contemporáneo, en 1881, desde la Revista de la Asociación Rural, describiendo el proceso de la manera más sintética y fría que se pueda imaginar. A la vez mostraba las vinculaciones entre los dos grandes instrumentos de la transformación: el alambrado y las armas de precisión.

5). El mercado exterior y las transformaciones internas

Este panorama tan poco auspicioso para los sectores rurales más débiles, fue agravado por la transformación repentina de los métodos tradicionales de explotación ganadera y por la introducción de los modernos medios de transporte. El alambramiento de los campos y el tendido de la red ferroviaria comprimieron fuerte y bruscamente la demanda de mano de obra rural. La modernización rural extinguió implacable, el medio de vida de una buena parte de la población nacional, sin ofrecer a cambio, como ocurría en los países de donde procedían las innovaciones tecnológicas, ocupación en los otros sectores de la economía.

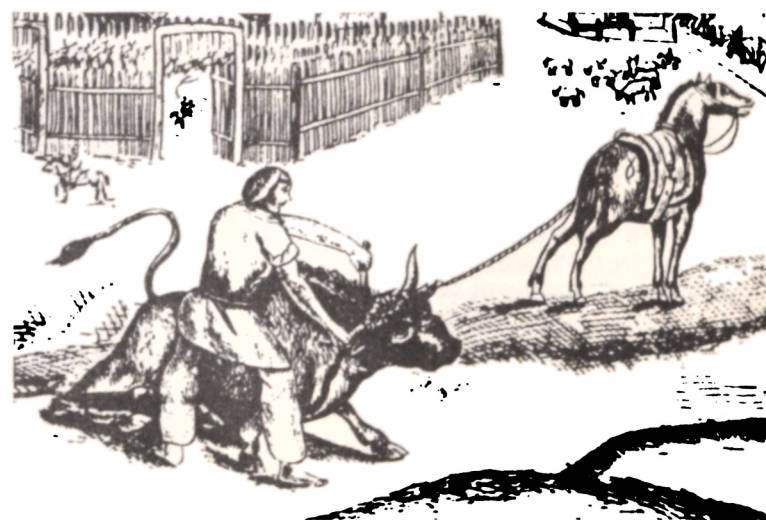
Pero, ¿cuáles fueron las causas profundas de estas nuevas transformaciones, de esta brusca irrupción de la "modernidad" en el primitivo Uruguay?

Hasta mediados del Siglo XIX la economía del país reposó, fundamentalmente, en la producción espontánea y abundante, de una naturaleza no modificada por la acción del hombre. Como las necesidades del mercado exterior coincidían exactamente con las características naturales de nuestros recursos, todo el proceso productivo se limitaba a poca cosa más que recoger y volcar esos mismos recursos en los circuitos de comercialización. La elaboración y transformación locales eran mínimas, se reducían a las operaciones de corambre y salazón de carnes, en aquellos casos en que las tropas en pie no salían directamente por la frontera, que por cierto eran bien frecuentes. Si se exceptúa la importación de la sal, que en el conjunto del intercambio representaba bien poca cosa,

toda la economía podría seguir funcionando sin depender del exterior más que por el lado de la demanda.

Desde la época colonial, la demanda externa, que seguía alimentándose de cueros y tasajo, no había experimentado transformaciones cualitativas de entidad, aún cuando las fluctuaciones de origen estrictamente económico comenzaran a ser cada vez más frecuentes y luego de cada caída de precios, el margen de recuperación tendiera a ser cada vez menor. Su contraparte, la ganadería bovina tradicional, la estancia cimarrona y el saladero primitivo, tampoco se habían modificado. Tanto la estancia como el saladero poseían una estructura interna que les permitía soportar sin mayores trastornos las oscilaciones de la demanda. Ambas se caracterizaban por su extrema sencillez y porque casi no era necesaria la inversión de capitales para asegurar su funcionamiento. La inversión inicial era poco menos que irrisoria, si se considera que, por ejemplo en Inglaterra, hacia fines del S. XVIII, el precio de un predio agrícola se regulaba de acuerdo a la renta que produciría a lo largo de treinta años y que en la Banda Oriental, en los casos en que la propiedad derivaba de la compra, el precio se recuperaba, a lo sumo, en un par de años. Otro tanto ocurría con los saladeros, que casi no requerían instalaciones y maquinarias.

Un sistema que había nacido para operar clandestinamente o para actuar sometido a los caprichos de una política comercial metropolitana que no podía controlar y cuyos vaivenes difícilmente podía prever, tenía que estar organizado de tal manera que pudiera soportar cualquier retracción o interrupción de la demanda exterior. La combinación de praderas y ganados en el Uruguay era una suerte de maquinaria de producción natural y automática, totalmente desaprovechada al principio por la ausencia de hombres. En forma paulatina, éstos comenzaron a llegar y a recoger ("minas de cueros" se llegó a decir) una parte de la riqueza espontáneamente generada; poco a poco se fue aprovechando de manera algo más intensiva la "capacidad instalada" y para ello se hizo necesaria alguna pequeñísima inversión. Introducidas las mejoras, se volvía a descansar en el automatismo natural, que reponía el capital y casi no exigía gastos monetarios. El más significativo de éstos lo constituyó la retribución de la fuerza de trabajo. Pero, a su vez, el salario en el Uruguay rural tenía características muy singulares. En las primeras épocas era satisfecho en buena medida con los excedentes de la producción que carecían de valor en el mercado y por lo tanto, la estancia podía seguir existiendo durante largos períodos, aunque las exportaciones estuvieran interrumpidas.



"Todo el campo era un palenque y todo el suelo una carnicería" (anónimo, 1794).



El puerto de Montevideo, arteria que irriga de vida al Uruguay.

Algo similar ocurría con los pequeños saladeros de la primera época, en los que se trabajaba a cielo abierto y con técnicas totalmente rudimentarias. Tenían la capacidad de ampliar sin límite su volumen de faena, con la simple contratación de mayor cantidad de personal y la ocupación de un poco más de terreno. Por el bajo costo de instalación no era raro que aun hombres muy modestos terminaran transformándose en saladeristas. Pero a medida que los saladeros fueron incorporando maquinaria (calderas, prensas) e instalaciones (piletas, canchas y techos) su flexibilidad para adaptarse a las oscilaciones de la demanda se fue reduciendo.

Al terminar la década siguiente a la Guerra Grande, cuando el stock ganadero comenzaba a recuperarse de los estragos del largo conflicto, se produjo una baja fuerte y sostenida en los precios del tasajo. Esta crisis —anuncio de una nueva época para el Uruguay— poseía características totalmente desconocidas en el mercado agropecuario. Se trataba de una crisis de superproducción, de una saturación de los mercados consumidores de tasajo, derivada de la falta de elasticidad en la demanda de un producto como el tasajo, empleado fundamentalmente como alimentación de los esclavos, en las plantaciones e ingenios de Cuba y Brasil. Pero la crisis también era consecuencia de la trustificación de los compradores del producto y, sobre todo, de las formidables transformaciones que estaban experimentando la economía y la sociedad europeas. La crisis estuvo enlazada con una cadena de otras crisis:

la europea de 1857, que rebotó en aquellos dos países, afectando la colocación del azúcar y del café y disminuyendo sus compras de tasajo. Poco después se encadenó con las consecuencias de la guerra civil en los EE. UU., que también retrajo el consumo de dichos productos en ese país. Como lo expresan Barrán y Nahum: "Singulares problemas los de esta economía mundial, en el que el surista norteamericano, el esclavo cubano y el saladerista y el estanciero uruguayo, se veían como eslabones de una cadena inimaginable para un observador superficial".

La primera respuesta uruguaya frente a la caída de los precios fue la de multiplicar la producción. Aquellos seguían cayendo. Se producía más tasajo. Más caían. Entre 1857 y 1862 el precio del tasajo pasó de \$ 6.50 a \$ 2.25 por quintal. La faena se llevó de 168.000 a 505.000 animales. Triplicado el número de reses, el valor total del tasajo, obtenido a los nuevos precios, seguía siendo prácticamente el mismo. Inexorablemente, esa política conducía a la ruina de la industria saladeril.

El saladero, que había nacido vinculado a la institución de la esclavitud, tenía indisolublemente ligado su destino a ella, y su fin se estaba aproximando. Podía soportar oscilaciones, pero no podía sobrevivir al cierre definitivo de un mercado tan peculiar como el suyo, constituido por consumidores a los que no les estaba permitido elegir libremente su menú.



6). Europa a la búsqueda de consumidores

El ocaso del régimen esclavista estaba vinculado, a su vez, como anverso y reverso, al arrollador avance de la industria moderna, a la expansión de la economía monetaria, a la creación de un mercado mundial, al apogeo del sistema capitalista que piloteaban las naciones europeas y especialmente la Inglaterra victoriana. Europa transformó al mundo, pero también ella se fue modificando. Su industrialización corrió pareja con su urbanización, con su enorme crecimiento demográfico, con una sensible elevación de su nivel de vida, con cambios en sus hábitos alimenticios, con un refinamiento de sus gustos y con el consiguiente aumento de su demanda de materias primas y alimentos.

El empuje industrial determinó la expansión colonial. Era la época del "reparto" de Africa, de la "apertura" del Extremo Oriente, del surgimiento de las "zonas de influencia". "La política colonial —decía Jules Ferry, uno de los constructores del imperio francés— es hija de la política industrial". Pero la política imperial de la segunda mitad del siglo XIX no se manifestó de la misma manera sobre todos los rincones de la tierra. Sólo se ocuparon militarmente aquellos territorios cuyos habitantes no eran sensibles al encanto de los productos industriales, o no estaban dispuestos a extraer las materias primas y los alimentos que Europa reclamaba.

El Uruguay pronto manifestó su voluntad de adaptarse a la nueva coyuntura internacional. De inmediato y por dos vías, emprendió la tarea de insertarse en ella, transformando su ganadería y aumentando considerablemente su consumo de bienes importados.

El cambio más espectacular estuvo constituido por el desarrollo del ganado lanar que se produjo, sin embargo, con cierto retraso respecto de la Argentina. En las dos décadas siguientes a la Guerra Grande, la existencia de ovinos en nuestros campos, saltó de los 800.000 animales que señala el censo de 1852, a una cifra que oscilaba en torno a los 15.000.000. En el mismo período, el porcentaje de ovejas mejoradas por cruce, se elevó de cerca del 17 % al 80 % del total del stock, en las zonas más dinámicas del sur y del litoral.

La transformación del bovino fue mucho más lenta y sólo se consagró cuando los frigoríficos, que también llegaron tardíamente y recién se instalaron a principios del siglo actual, comenzaron a pagar precios sensiblemente más elevados por los animales finos. Sin embargo ya en la década de los sesenta se habían instalado en el país dos fábricas, una de extracto de carne y otra de conservas enlatadas, pero ambas siguieron faenando ganado criollo. La calidad de los productos elaborados aún no satisfacía las exigencias del gusto europeo, pero éstos al igual que el tasajo se destinaban a otro consumidor forzado: el soldado de los ejércitos coloniales de Inglaterra y Francia, cuyas peripecias por algo seguía, y con señalada preocupación, nuestra burguesía.

La mejora del ganado y en particular la producción de lana exigió, además de la importación de numerosos reproductores de raza, acondicionar, adecuar, el ambiente rural, mediante el cercado de los campos, su división en potreros y la modernización de los medios de transporte y comunicación. Por primera vez en nuestra historia el hombre emprendía la transformación del paisaje natural y por muy superficial que este cambio haya sido, modificó radicalmente las condiciones del medio, extinguió las bases de un modo y de un estilo de vida, el primero que nuestro suelo había conocido.

La transformación del medio rural reclamó la del medio social. Los terratenientes acometieron la tarea de separar de la actividad ganadera a los hombres sin tierra, y aún a los de poca tierra, y de señalarles un nuevo destino. Domingo Ordoñana, líder de la Asociación Rural, expresaba en 1876, desde la Revista del gremio: "Las consideraciones que hemos aducido nosotros para prestigiar el cierre de la propiedad, más bien fueron razones de orden moral que de orden físico, porque con el cierre queda la división bien hecha entre los que son terratenientes y los que viven en la condición de agre-

gados, y éstos que son numerosos, deben perder toda esperanza de ser ganaderos, ni de ser útiles en la ganadería industrial y deben necesariamente doblar la cabeza sobre el arado que es su vida y su porvenir". Evidentemente había un problema moral, pero no el que Ordoñana percibía.

El mismo dirigente, pocos años después, calculaba que las tres cuartas partes de la población antes ocupada en la ganadería, ya no era necesaria. Barrán y Nahum, de quienes hemos tomado la cita anterior, estiman que hacia 1880, el número de desocupados rurales alcanzaba la cifra de 40.000 almas y describen cómo se fue despertando el temor de la clase terrateniente ante una posible subversión protagonizada por aquellos desplazados que sentían odio hacia los alambres y hacia los hombres que los hicieron tender. La solución proyectada por los terratenientes consistía en transformar al nuevo desocupado en pequeño agricultor. "Con esa solución —expresan los autores citados— los rurales conseguían dos fines: reservarse para sí la actividad más lucrativa y tranquilizar la campaña transformando sus hábitos de vida". Uno de los medios previstos para alcanzar esos fines, consistía en "traer agricultores que «contagiaran» sus hábitos de trabajo, su pacifismo y sus conocimientos técnicos".

Este proceso de transformación ganadera se encuentra, confluye y se suma, en sus consecuencias sociales, en sus efectos sobre las clases rurales más bajas, con el otro proceso antes apuntado que —como se recordará— tenía origen en la lucha por la posesión de tierras y ganados.

7). Súbditos no, consumidores sí

Como ya se señaló, la nueva política imperial de los países europeos, operaba a varias puntas. Por un lado, procuraba asegurarse el abastecimiento de las materias primas necesarias para su industria y los artículos alimenticios para su población, que a lo largo del siglo XIX pasó de 200 a más de 400 millones desbordando la capacidad productiva de la agricultura aún bastante tradicional en el viejo continente. Por otro lado, buscaba ampliar al máximo los mercados consumidores de su producción industrial.

Apenas clausurado el episodio de la intervención francesa en México, que inicialmente contó con la colaboración de España e Inglaterra y tuvo como pretexto la suspensión del pago de la deuda externa mexicana, el embajador francés en nuestro país, Martín de Maillefer, aludiendo a cierta inquietud de las metrópolis, expresaba: "Abandonar por cualquier motivo los grandes fines del Convenio de 1828 [la Convención Preliminar de Paz, que había dado nacimiento político al Uruguay], sería pues muy probablemente un mal negocio para todo el mundo. Francia, Inglaterra o España, al buscar aquí súbditos en lugar de consumidores, sólo hallarían causas de gastos, de complicaciones y de incesantes choques..." (citado por Barrán y Nahum).



Residencia del comerciante Francisco Gómez: suntuosidad y ostentación.

Sobrada razón tenía Maillefer: el Uruguay se arrojó, por todas las rutas a la vez, en un rápido proceso de modernización, de europeización de sus costumbres, sus modas, sus gustos, su tono de vida. Comenzó a edificar, a decorar, a vestirse, a comer, a beber, a divertirse a la francesa y, a veces, también a la inglesa. Baste un solo ejemplo: en 1875, los EE. UU. con casi 39 millones de habitantes importan de Francia 13.540.700 litros de vino, es decir 0.35 litros por cabeza; el Uruguay, con 440.000 habitantes, importó 9.713.474 litros o sea 22 litros por cabeza. Como si fuera poco, importó además 12 millones de litros de otras procedencias.

Todos los medios imaginables fueron buenos para la penetración del lujo y los gastos suntuarios. Hasta la inocente música cumplió esa función. Al respecto dice el profesor Lauro Ayestarán: "la ópera italiana crea en torno suyo toda una industria de vastas ramificaciones que la fomenta en pro de su existencia. Las grandes temporadas invernales significan un vasto despliegue de actividades colaterales. Joyeros, perfumistas, sastres y modistas organizan en torno a la burguesía montevideana una danza fantástica. Nuestras familias viven socialmente para los meses centrales del año dedicados a la gran ópera. Por la vía de las grandes veladas de gala del 18 de julio y el 25 de agosto nuestra colectividad social entra por la senda del lujo y la suntuosidad".

Resulta difícil resistir la tentación de recordar aquí que al iniciarse la vida independiente de nuestro país, la primera ópera completa que se representó, llevaba por título "El Engaño Feliz".

El desarrollo de las formas modernas de consumo de masas "ejerce un poder de seducción que no está exento de ilusiones y peligros", dice Pierre George. Es un sistema que "tiene sus beneficiarios y sus víctimas. Es incapaz de respon-

der a las necesidades y a los deseos de todos aquellos a quienes ha seducido". Nuestro autor resume: "El esquema es elemental. El consumo de masas se desarrolla únicamente por interés de quien tiene necesidad de vender, y, en la mayor parte de los casos, contra el interés, la seguridad psicológica o moral de aquel a quien se invita a comprar. Se trata pues de una operación en un solo sentido, desfavorable al país subdesarrollado" (*Géographie de la Consommation*, París, P. U. F., 1963).

El Uruguay penetra de lleno en "la civilización industrial que instala al país en la senda del progreso europeo, apuntalado por variadas inversiones de capital. Bancos y crédito, ferrocarriles y teléfonos, caminos y alambrados, maquinaria agrícola e inmigración a granel, serán los instrumentos adecuados para insertar la monocultura rioplatense en los cuadros del librecambio mundial. Sensible a las coyunturas económicas de ultramar, el Uruguay conocerá *cracs* bancarios, in-conversión y curso forzoso, crisis comerciales y aventuras bursátiles de directa incidencia sobre el equilibrio político-institucional. El *black friday* londinense de 1866, la depresión de 1874 o la quiebra de Baring en 1890 señalan, en sus repercusiones, tres ejemplos típicos de la fijación de la órbita impuesta por los mercados consumidores y las fluctuaciones mundiales de precios, determinando la subordinación de la vida económica uruguaya a las cadencias cíclicas de prosperidad y depresión. Financistas que imponen o derriban ministerios, parcialidades oristas o cursistas, colapsos económicos que pretextan gobiernos de fuerza, pavorosas especulaciones que concluyen en quiebras fraudulentas o en crisis nacionales, son ejemplos corrientes de la época" (Oddone, Juan Antonio: *La formación del Uruguay Moderno*).

Sin embargo no debe tomarse toda esta febril actividad como índice de un fortalecimiento general de la economía uruguaya. Esta seguía —y cada vez más— atada a su producción ganadera y a los caprichos del comercio exterior. "Si la Europa nos cerrase sus puertas —decía Francisco Bauzá en 1876, en su "Ensayo sobre la formación de una clase media"— pereceríamos de necesidad a pesar de la falsa cuenta que llevamos de nuestras riquezas, de nuestra sabiduría y de lo que siempre estamos meditando hacer..." "Tenemos millares de leguas baldías que se prestan a todos los cultivos y sin embargo compramos trigo a Chile y papas a Francia. Tenemos millares de novillos y de ovejas y la Europa nos envía el cuero curtido para nuestros zapatos y los paños para nuestros trajes..." y quesos Holanda y manteca Inglaterra y frijoles Chile y maíz Brasil y tocino Estados Unidos.

Por la misma época la novel Asociación Liga Industrial, levantó su voz, a través de su periódico gremial, para enjuiciar la dependencia uruguaya de los mercados exteriores y reclamar la implantación de un sistema proteccionista que permitiera el desarrollo industrial, que a su vez traería aparejado el desarrollo agrícola. "El comercio productivo de una Nación, no es, no, el que se dedica exclusivamente a inundarnos de mercaderías de todas clases, buenas y malas, que en muchos casos no precisamos, y que no lleva más norte que ganar comisiones, sin fijarse para nada en las necesidades del país". "La República Oriental, depende pues, casi exclusivamente de los mercados del exterior. De ahí su estado de atraso y su falta de crédito, en parte. Ella sufre la influencia de las oscilaciones mercantiles de los países que le envían sus productos, y de ese modo grava también sus intereses. Esto no sucederá cuando logre independizarse por completo, es decir cuando la industria nacional *protegida* por los gobiernos se arraigue, y entonces bastándose a sí misma, salvará las fronteras y podrá establecer racionalmente la teoría del libre cambio. Hay que convencerse que ese sistema por el momento es inútil" (6 de junio de 1880 y 1º de diciembre de 1881).

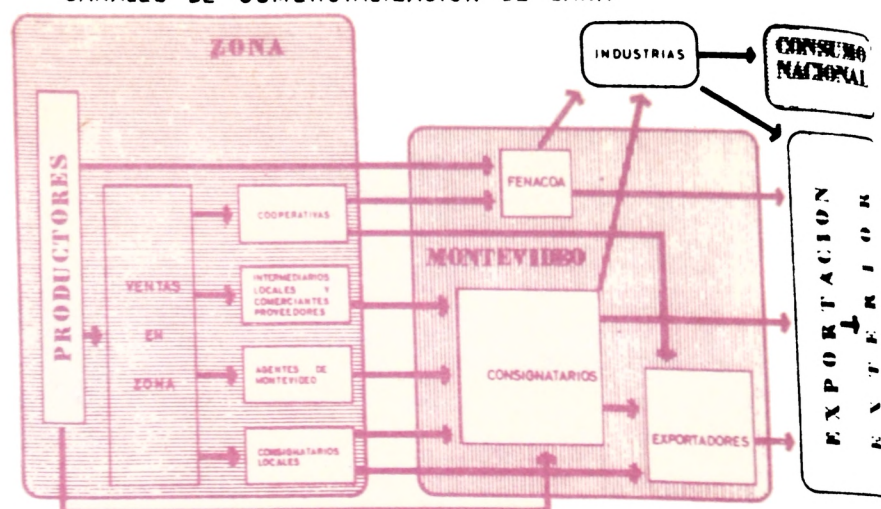
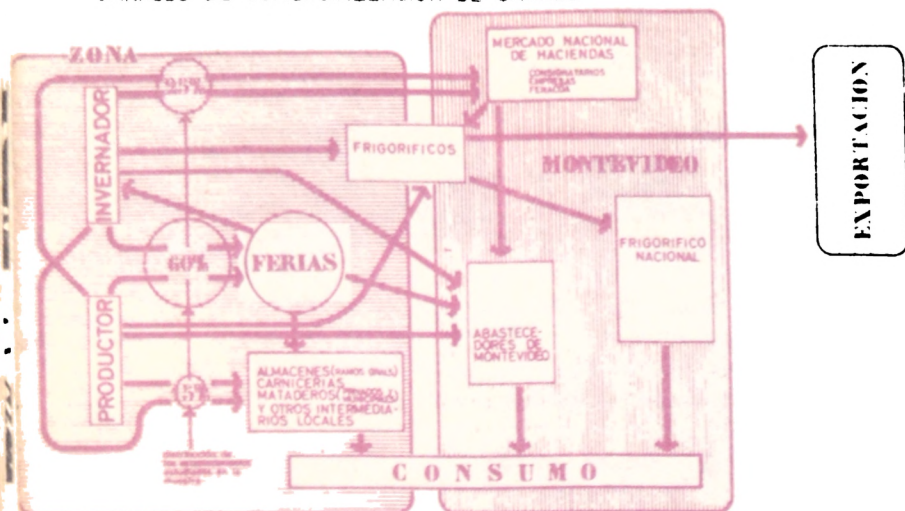
*"Es una norma corriente de prudencia, una vez que se ha alcanzado la cima de la grandeza, quitar la escalera por la que se ha trepado para evitar que otros puedan subir detrás de nosotros. Aquí está el secreto de las teorías cosmopolitas de Adam Smith y de las tendencias cosmopolitas de su gran contemporáneo William Pitt y de todos sus sucesores en la Administración del Estado inglés. Una nación que con medidas protectoras y restricciones a la navegación consigue un grado tan elevado de desarrollo para su fuerza manufacturera y su potencia naval, hasta el punto de no temer la competencia de ninguna otra, no puede hacer nada más prudente que retirar esta escalera de su grandeza, predicar a las demás naciones las ventajas de la libertad de comercio y acusarse arrepentida de haber estado antes en la senda del error y no haber alcanzado hasta ahora el conocimiento de la verdad" (Federico List, *Sistema Nacional de Economía Política*, 1840. Versión esp.: Aguilar, Madrid. 1955).*



8). Ingreso, productividad, distribución

Antes de intentar una rápida proyección hasta nuestros días del cuadro esbozado, con la que cerraremos este trabajo, es necesario subrayar aún otro aspecto que resulta esencial para entender el desarrollo socio-económico del Uruguay, pues es como el telón de fondo sobre el que se deslizó toda nuestra historia. Se trata del altísimo nivel de ingreso que siempre tuvo el país en comparación con los restantes del continente y aún del mundo, que le permitió alcanzar un grado de bienestar y, a partir de cierto momento, establecer formas de convivencia, insólitos para la época.

Una serie de factores más o menos excepcionales confluieron para posibilitar este resultado: a) bajo costo de la producción agropecuaria uruguaya y muy elevada productividad por hombre ocupado; b) altísimos costos de su similar europea y muy baja productividad; c) demanda de productos agropecuarios casi siempre mayor que la oferta; d) vigencia, en Europa, de una política de alimentos baratos para asegurar bajos salarios a la industria, que privó a los productores del viejo mundo de la protección estatal y e) fijación de los precios agropecuarios en un mercado librecambista, donde los productores europeos luchaban por recuperar sus costos y por lo tanto alzaban los precios por encima de los rioplatenses. El Uruguay, inserto en el mecanismo económico mundial, siendo casi un huésped del imperio inglés, obtuvo ventajas significativas de la misma manera que el proletariado de los países metropolitanos resulta comparativamente mejor tratado, por cuanto el sistema, que transfiere automáticamente las presiones salariales hacia el punto de menor resistencia, le asegura un nivel de vida superior al de los proletariados externos.



"Tal como aparece organizada la comercialización de los ganados bovinos y ovinos, se aprecia una altísima posibilidad especulativa, especialmente con ganados bovinos terminados, es decir, preparados para el consumo: especulación que no está a cargo del productor sino de elementos de intermediación; que logran con ello grandes ganancias circunstanciales: totalmente extra-normales. Buena parte de los intercambios no supone cumplir la función estricta de acercar el producto al consumidor, sino, meramente beneficiarse con diferencias de precios, luego de salidos los productos de manos de los empresarios rurales. No hay pues valores agregados en términos reales que respalden las sucesivas diferencias de precios". (Economía Humana-CINAM. Situación Económica y Social del Uruguay Rural. Ministerio de Ganadería y Agricultura. Montevideo. 1963. pág. 136. Los diagramas corresponden a las págs. 139 y 142).

El alto ingreso que estas circunstancias proporcionaron al Uruguay, se iba reduciendo a medida que todos los engranajes del comercio internacional se ajustaban, pero, y aquí entró en juego otro factor excepcional, el país pudo iniciar oportunamente la explotación sucesiva y escalonada de nuevos renglones agropecuarios. Comenzó con los cueros, en el siglo XVIII, siguió con el tasajo a fines de dicho siglo, la lana, el extracto y las conservas enlatadas en la segunda mitad del siglo XIX, para concluir, hacia la época de la Primera Guerra Mundial, con las carnes enfriadas y congeladas. En cada caso, con muy ligeras variantes, se reiniciaba el mismo proceso de altos ingresos iniciales, que luego se contraían inexorablemente, hasta que la apertura de otro rubro exportable reiniciaba el ciclo. Llévase cuenta de que el último ciclo se inició hace más de medio siglo.

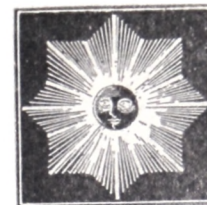
Cabe preguntarse ¿cómo se distribuyó el ingreso generado? La respuesta no es fácil, pero se debe recordar lo dicho para la primera época, sobre la elevada retribución del trabajador rural; mencionar además, que siempre se intentó fomentar la inmigración, entre otras razones para provocar el descenso de los salarios y, sobre todo, es necesario destacar el

principalísimo papel desempeñado por la intermediación en la redistribución del ingreso. Esta actividad que en nuestro país, y hasta hoy, fue desmesurada en todos los niveles y en todos los sectores, operó como un eficaz organismo captador del ingreso creado por la ganadería.

El comercio, la especulación, la intermediación, vivieron a expensas del ingreso generado por el sector pecuario. Este, a su vez, descansando en la natural y elevada productividad por hombre ocupado, no se interesó en llevar al máximo la explotación y se lanzó de lleno al goce y a la dilapidación, es decir, se arrojó en los brazos del sector intermediario. De esta manera el círculo se cerró, indisoluble, congelando sus estructuras. La disociación existente entre lo que el Uruguay producía y lo que consumía despejó el camino para el desarrollo de la intermediación y ésta aumentó la disociación existente. Esta disociación que es uno de los pilares más inmovibles de la estructura socio-económica del Uruguay, permitió sin embargo, mientras duró la demanda sostenida de carnes y lanas, construir y desarrollar uno de los primeros "estados de bienestar" que conoció el mundo.

Frigoríficos: una industria en crisis.





9). Hasta nuestros días

La política batllista introdujo una nueva variante en el sistema económico, trajo a un comensal siempre olvidado, creó un nuevo tipo de consumo: el de los servicios destinados a la protección y promoción del individuo. Para ello —aunque sin tocar las bases de la estructura— disputó a los sectores más altos una cuota creciente del ingreso, que redistribuyó a través de un aparato estatal desarrollado en forma vertiginosa. La expansión del Estado que creó nuevos servicios industriales y comerciales y puso en marcha numerosas obras públicas, permitió absorber buena parte de la mano de obra que el campo rechazaba y que el flujo migratorio agolpaba en los arrabales montevideanos. La gratuidad de la enseñanza y el desarrollo de innumerables actividades comerciales, industriales y artesanales, posibilitaron el nacimiento y desarrollo de aquella clase media que cuarenta años antes ya soñaba Bauzá.

Salarios mínimos, limitación de la jornada, descansos pagos y obligatorios, jubilaciones tempranas y a granel, estabilidad política y paz social, moneda fuerte y crédito abundante, hicieron el Uruguay feliz que nuestros mayores recuerdan con irredimible nostalgia.

Hasta 1929, año del colapso económico del mundo occidental, nada parecía más firme y sólido que el mercado de las materias primas y los artículos alimenticios. Las llamadas crisis de crecimiento de la economía capitalista eran sentidas como pequeños y naturales tropiezos de un régimen avasallante y de escala planetaria. Un ligero proteccionismo que apareció en la Europa asolada por la Primera Guerra Mundial y algunas medidas "seudo-sanitarias" puestas en práctica por Inglaterra, no alteraron a inquietar seriamente. Se consideraba que la inserción en el sistema económico mundial era garantía de estabilidad y progreso.

Pero la Gran Depresión cegó el manantial que daba vida al Uruguay: la demanda externa. El mundo se llenó de barreras aduaneras, cayeron los precios, se detuvo el comercio. Los países importadores de artículos alimenticios protegieron a sus agricultores y criadores e incentivaron su productividad. Inglaterra estableció tarifas diferenciales y cuotas de

preferencia para el Commonwealth, desmontando de esta manera todo el mecanismo que venía amparando al Uruguay.

El país reaccionó tomando una serie de medidas arancelarias, cambiarias y crediticias que abrieron camino al crecimiento de la industria liviana, sustitutiva de los artículos importados y sostuvieron el proceso que se desarrolló hasta mediados de la década de los 50. A esa altura el crecimiento se detuvo. Desde entonces su dirección se ha invertido. Los informes oficiales hablan de estancamiento de la producción, deterioro general de la economía, inflación galopante, distribución regresiva del ingreso, progresivo endeudamiento con el exterior, desocupación, emigración de técnicos y científicos, etc. Es innecesario dar índices y cifras cuando se trata de un proceso que la mayoría percibe en forma muy concreta y dolorosa.

¿Cuáles son las causas del fracaso de ese desarrollo? Los informes oficiales también lo señalan claramente: por el agotamiento del proceso de sustitución de importaciones, debido a la pequeñez del mercado; por la sobreinversión en algunas ramas industriales que, merced a la indiscriminada protección estatal, se equiparon por encima de lo que el país admitía; por el crecimiento de las necesidades de combustibles y repuestos, que es necesario importar para asegurar el funcionamiento de esa misma industria; por el estancamiento del agro, derivado de su estructura vetusta; por el crecimiento del consumo interno que disminuye los saldos exportables; por el descenso constante de sus precios en el mercado internacional, etc., etc.

En números sucesivos de la *Enciclopedia Uruguay* se estudiarán con mayor grado de análisis muchos temas apenas tocados en esta introducción. Aquí se ha procurado sobre todo, señalar cómo, a partir de un primer elemento, la demanda externa, se fueron gestando y ordenando los hechos que nutrieron nuestra historia económica, en un proceso disimétrico, irreversible, característico de las relaciones entre el fuerte y el débil, que François Perroux ha llamado "efecto de dominación" y que consiste en la capacidad, intencional o no, de una parte para influir sobre la otra, sin reciprocidad: capacidad que deriva de su "dimensión, de su poder de negociación, de la naturaleza de su actividad o de su pertenencia a una zona de actividad dominante".

BIBLIOGRAFIA SUMARIA

- ACEVEDO, Eduardo. *Anales Históricos del Uruguay*. Barreiro, Mont. 1933.
 ACEVEDO, Eduardo. *Economía Política y Finanzas*. Univ. de la Rep., Mont. 1936.
 BARRAN, J. P. y NAHUM, B. *Historia Rural del Uruguay Moderno*. E. B. O., Mont. 1967.
 BARRAN, J. P. y NAHUM, B. *Bases Económicas de la Revolución Artiguista*. E. B. O., Mont. 1964.
 C.I.D.E. *Estudio Económico del Uruguay*. C.E.C.E.A., Mont. 1963.
 COURIEL, A. y LICHTENSZTEJN, S. *El F.M.I. y la Crisis Económica Nacional*. Bibl. de Cultura Universitaria, Mont. 1967.
 ECONOMIA HUMANA - CINAM. *Situación Económica y Social del Uruguay Rural*. Min. de Ganadería y Agric., Mont. 1963.
 FARAONE, Roque. *El Uruguay en que vivimos*. Arca, Mont. 1968.
 FAROPPA, Luis A. *El desarrollo Económico del Uruguay*. C.E.C.E.A., Mont. 1965.
 ODDONE, Juan A. *La formación del Uruguay Moderno*. EUDEBA, Bs. As. 1966.

- ODDONE, Juan A. *Economía y Sociedad en el Uruguay Liberal*. E. B. O., Mont. 1967.
 METHOL FERRE, Alberto. *La Crisis del Uruguay y el Imperio Británico*. La Siringa, Bs. As. 1959.
 PIVEL DEVOTO, Juan E. *Raíces Coloniales de la Revolución Oriental*. Ed. Medina, Mont. 1957.
 REAL DE AZUA, Carlos. *El Patriado Uruguayo*. Asir, Mont. 1961.
 SALA DE TOURON, L., RODRIGUEZ, J. y DE LA TORRE, N. *Evolución Económica de la Banda Oriental*. E.P.U., Mont. 1967.
 SALA DE TOURON, L., RODRIGUEZ, J. y DE LA TORRE, N. *Estructura Económica Social de la Colonia*. E.P.U., Mont. 1967.
 SOLARI, Aldo E. *Sociología Rural Nacional*. Fac. de Derecho y C. S., Mont. 1958.
 SOLARI, A., CAMPIGLIA, N. y WETTSTEIN, G. *Uruguay en Cifras*. Univ. de la Rpa., Mont. 1966.
 VAZQUEZ FRANCO, Guillermo. *El Uruguay entre la Convención de Paz y los Convenios de Ottawa*. Cuadernos de MARCHA, N° 4, Mont. 1967.

HISTORIA ILUSTRADA DE LA CIVILIZACION URUGUAYA

PRIMERA SERIE

Tomo I

- I. La historia política.
- II. 180 años de literatura.
- III. La evolución económica.
 1. El mundo indígena.
 2. Las tierras del sin fin.
 3. La España de la conquista.
 4. Conquistadores y colonizadores.
 5. La conquista espiritual.
 6. Portugos y brasileños.
 7. El gaucho.
 8. El mostrador montevideano.
 9. Amos y esclavos.
 10. La vida cotidiana en 1800.

Tomo II

11. Los porteños.
12. La guerra de los imperios.
13. Artigas: la conciencia cívica.
14. Los montoneros y sus caudillos.
15. La Independencia y el Estado Oriental.
16. Los patricios.
17. Civilización y barbarie.
18. El mundo romántico.
19. Divisas y partidos.
20. Las guerras civiles.

Tomo III

21. Principistas y doctores.
22. Latorre y el Estado uruguayo.
23. Varela: la conciencia cultural.
24. La estancia alambrada.
25. Ingleses, ferrocarriles y frigoríficos.
26. Masones y liberales.
27. Los retratistas del país.
28. Los gringos.
29. Los grandes negocios.
30. La belle époque.

SEGUNDA SERIE

Tomo IV

31. La cultura del 900.
32. Saravia: el fin de las guerras civiles.
33. Obreros y anarquistas.
34. Batlle: la conciencia social.
35. Estatización y burocracia.
36. El ascenso de las clases medias.
37. Sufragistas y poetas.
38. La vida musical.
39. La Iglesia.
40. La democracia política.

Tomo V

41. Los años locos.
42. El tango.
43. Las vanguardias literarias.
44. Los pensadores.
45. La quiebra del modelo.
46. El arte nuevo.
47. La garra celeste.
48. Urbanización e industrialización.
49. La Universidad.
50. Herrera: el nacionalismo agrario.

Tomo VI

51. La conciencia crítica.
52. El sindicalismo.
53. Crisis económica.
54. Nuestro legado espiritual.
55. El mensaje de los jóvenes.

CADA ENCICLOPEDIA INCLUYE UN CUADERNO LITERARIO

I. El pensamiento de Artigas.- II. Cuentos de Horror, por H. Quiroga.- III. Montevideo en cuentos (Hernández, Onetti, Benedetti, Martínez Moreno, Somers).

ENCICLOPEDIA



URUGUAYA

Publicación semanal de Editores Reunidos y Editorial Arca, del Uruguay. Redacción y Administración: Cerro Largo 949, Montevideo, Tel. 8 03 18. Plan y dirección general: Angel Rama. Director ejecutivo: Luis Carlos Benvenuto. Administración: Julia Bayce. Asesor historiográfico: Julia C. Rodríguez. Dirección artística: Nicolás Laureiro y Jorge Carrozzina (artegraf). Fotógrafo: Julio Navarro. Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S.A., Juncal 1511, Montevideo, amparado en el art. 79 de la ley 13.349 (Com. del Papel). Mayo 1968. Copyright Editores Reunidos. COLABORADORES: Arturo Ardao, Leopoldo Carlos Artucio, José Pedro Barrán, Hugo Balzo, Agustín Beraza, Gustavo Beyhaut, Oscar J. Bruscher, Esteban F. Campal, Aurora Capillas de Castellanos, Alfredo Castellanos, Manuel Claps, José Pedro Díaz, Roque Faraone, Luis A. Faroppa, Mario César Fernández, Roberto Ibáñez, Hugo Licandro, Ofelia Machado, Carlos Maggi, Tabaré Melogno, Alberto Methol, Benjamín Nahúm, Juan A. Oddone, Blanca París de Oddone, Eugenia Petit Muñoz, Juan E. Pivel Devoto, Carlos Quijano, Carlos Rama, Germán Rama, Carlos Real de Azúa, Washington Reyes Abadie, Darcy Ribeiro, Celina Rolleri, Lucía Sala de Tauron, Juan Luis Segundo S. J., Aldo Solari, José M. Traibel, Guillermo Vázquez Franco, Daniel Vidart, Arturo Sergio Visca, José Wainer, José Claudio Williman.

**EJEMPLAR
DE
COLECCION**